

*Memoria de  
Ballenas*

**Marta Blanco**

## Capítulo 1

Caminaba despacio por la senda trazada entre las rocas. Un pie, luego el otro. Llegaré, pensaba. Voy a llegar al final del camino aunque se haga de noche. El sol se había hundido en el mar y esta vez tampoco hubo rayo verde. No lo vería nunca más. Solo lo ven los mansos de corazón, decía la Malvina. ¿Y tú lo viste alguna vez, abuela Malvina? Y la vieja sonreía con su boca chueca, desdentada, y movía los pies, los arrastraba por las baldosas con sus zapatillas de fieltro casi sin ruido. Todos lo ven una vez, respondía. ¿Y nunca más? Nunca más, niña, el corazón no es manso sino alborotado como el mar. El corazón, respondía Bella Aurora, no se roba a los hombres. Es el único que se los roba, respondía la anciana, el amor no es lo que tú crees, Bella Aurora. Con ese nombre que te puso tu padre no es raro que salieras poética. No soy poética, respondió, sabiendo que mentía de alguna extraña manera, tú eres medio poeta, abuela, siempre escondida en tu rincón, recordando quizás qué cosas que nunca cuentas. Menos cuentas, más vives, respondía la vieja, envuelta en un chal y encorvada de frío.

Bella Aurora sentía un raro temor al frío de los viejos. Era un estado permanente, una entrega a la muerte, se decía. Malvina rehusaba ponerse al sol, no quería entibiarse, había acatado impasible esa era glacial de sus huesos, debe ser como vivir en un témpano, pensaba su nieta, el frío no la alteraba; había llegado a amar ese hielo interior, no había rogativa que consiguiera ponerla al sol, que le hacía daño, que la arrebatara, que le venía infarto al intestino; además, niña, a los viejos, si nos agarra débiles, nos provoca la enfermedad del sudor y mejor llamar al tiro al cura porque en cumpliendo tres días de calentura y escalofríos, llega la muerte y si te he visto no me acuerdo. Así llega la vida, así se va, susurraba casi como un rezongo. No diga eso, abuela, Dios nos cuida. Ay, niña, Dios se esconde igualito que el sol.

Su nieta pensaba que ella tenía miedo, los viejos muy viejos no quieren morir; pero vuelve a salir, abuela, nunca se olvida de nosotros. Eso dices tú, cogollito de alhelí, pero yo estoy tan vieja que no lo veo ni lo siento. No te

hagas la sorda, abuela, Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Así será, decía la Malvina, pero a mí se me hundió en el mar junto con tu abuelo Godofredo y como él, nunca más apareció. Entonces, Bella Aurora le preparaba un mate bien caliente, tome abuela, le puse harta azúcar y una hoja de cedrón para espantar las penas. Las penas nunca se espantan, niña, se clavan en el corazón, respondía la vieja acercando la bombilla a su boca hueca.

Un pie. Y luego el otro. Las Tres Marías aparecieron de pronto en el cielo y la luna subía y subía por detrás de los cerros, pero solo se perfilaba esa difusa luminosidad previa que anunciaba su aparición. Ella seguía caminando en medio de la oscuridad húmeda del invierno. Tenía que llegar a la caleta. Si llego, me salvo. Si me salvo, iré a la iglesia a hablar con Dios, a nadie más que a Dios se lo diré. Y es que no había a quién decirle las cosas que había visto, ese como hibisco rojo junto al mar, una flor líquida esparciéndose, hundiéndose con lentitud en la arena, pegándose como uno se pega después de bañarse en el mar y dejar que la ola te empujara, te llevara y trajera hasta que de pronto te agarraba la peor, la más grande, el toro, que te revolcaba y salías enarenada como una escalopa.

No. No era un hibisco lo que vio en la playa solitaria cuando regresaba de la casa de la señora María de los Ángeles y pensó qué raro, pescan de noche, pero nunca pescan de noche cuando hay luna llena y entonces, ¿qué es esa sombra larga justo donde revienta la ola? Siguió avanzando por la playa grande casi a la rastra antes de meterse entre las rocas del Mar Bravo y fue alejándose de la orilla cuando lo vio nítido contra la luz de la casi noche. Es él, pensó. Sí. Es él. Grande y maceteado, todos lo conocían en el pueblo porque había hecho buena plata quizás en qué. Y se reían, malévolos, es conocido por bueno para los puñetes y las cuchilladas, contaba Emeterio, el viejo pescador, y además..., pero no terminaba la frase y los que estaban junto a él se reían y pedían otra vuelta de cerveza y nunca faltaba el hablador de más diciendo que siempre andaba en roscas en la disco o en El Calambrito, un bar que no cerraba en toda la noche. Y a veces se agarra con los de la pensión de Aquiles, donde vive.

Rigoberto tenía mala fama.

Se rumoreaba que toda la droga que se vendía en el pueblo la manejaba el Rigo, así le decían, Rigo. Que se entendía con los de la policía civil de La Ligua y salía con los detectives a tomar, se iban de juerga y llegaban al amanecer donde las Mandiola, dos hermanas rucias que tenían una disco en La Laguna, qué van a ser rucias, son más teñidas y movidas, ahí es donde se arman los jaleos y llega gente de todas partes, bailan y beben y a veces terminan con los pacos echándolos a todos y se van a la playa y ahí duermen la mona. Su madre desconfiaba de Rigo. Y otros se van a esconder en las piezas del fondo, donde reciben a los que pagan bien, comentó su madre una noche.

Esas son las putas, dijo la abuela desde su rincón junto a la estufa. Y la hija la callaba con una mirada seca, no se meta a escuchar conversaciones ajenas, madre, ya sabe que en el pueblo hablan infundios y serán de mala vida, no digo que sí no digo que no, pero no basta con los puros rumores. La vieja enmudeció, pero siguió moviendo los labios y echando un leño al fuego de vez en cuando.

¡Y no se te ocurra meterte con Rigoberto Monsalves!, le gritó a Bella Aurora, destemplada y hosca la madre, es un tipo peligroso y anda rondándote, lo he visto echarte encima esa mirada de hambriento y bruto que tiene, tarde o temprano te va a hacer los puntos, no hay virgen que se la pierda el desvergonzado. ¡Pobre de ti si algún día te veo con él!

Sí, madre. Bella Aurora ni pestañeó.

No valía la pena hablarle y menos contarle lo que pensaba y menos aún lo que creía que iba a ser su destino. Su madre se había olvidado de vivir más de quince años antes, como que se secó la pobre. Como que se le entumeció el corazón cuando su padre se mandó a cambiar, ¿se mandarían a cambiar el marinero de los ojos verdes?

Ella presentía cosas oscuras y agoreras, desavenencias antiguas. Recordaba los gritos en su casa, las largas ausencias de su padre hasta que nunca más apareció. Pero Bella Aurora siempre supo que era más feliz cuando él vivía con ellas y llegaba de la pesca al amanecer y la casa se llenaba con su presencia. El ruido de sus pasos entrando con las bolsas de pescado al

hombro inauguraba un olor a pez moribundo, medio muertos los traía con el anzuelo colgando de las bocas abiertas, pero en cuanto los lanzaba encima de la mesa de la cocina les daba un mazazo en la cabeza y la mano diestra de su madre los abría en dos. De inmediato la casa se impregnaba con el olor de las ristas de intestinos de los peces muertos que su madre arrancaba de la entraña de los peces plateados, rosados, iridiscentes o ásperos y otros tan negros como si se hubieran tragado toda la luz del universo, la plata de sus ropajes, el rojo y el oro, desaparecían en esa autopsia certera y ahí quedaban, tirados sobre la mesa los cuerpos yertos que iba descamando con el cuchillo de mango azul hasta dejarlos fileteados, listos para la venta, ¡listo!, anda a venderlos antes de que se les opaquen los ojos, le ordenaba a su marido y él corría a la caleta e iba saludando «para servirla, casera» a las señoras que llegaban temprano en busca de los pescados frescos, cogidos en esa larga noche de mar, gruesa la mar o lisa como un espejo, y los hombres helándose en la quietud forzosa, silenciosos pescadores viejos y jóvenes solitarios en medio del mar, bebiendo del gollete de una botella de pisco, pasándola de mano en mano cuando la humedad y la niebla les calaban los huesos o la garúa del amanecer los traspasaba, esperando que los peces picaran fuerte. Noches de largas horas. Noche tras noche. De pronto sentían el tirón de la lienza y recogían redes hinchidas que los alegraban sin quebrarles el mutismo. Algunas noches los congrios y las corvinas desaparecían en sus escondrijos. Entonces ellos recorrían los secretos recodos costeros en busca de los porfiados peces en sus madrigueras marinas, obligados a meterse en calas peligrosas, a hacerle el quite a las corrientes turbulentas, arriesgando la vida en el Mar Bravo y en las corrientes submarinas cerca del cementerio.

La suerte del pescador es muy variable, decía Dítimo, soñando, pensaba Bella Aurora, con su vida de marinero entre las islas del Adriático, cuando en las noches se sentaba en la proa de su goleta, era mía propia, afirmaba con orgullo, mirando las estrellas y tocando ajenas melodías en su acordeón. Insistía en descamarlos en su casa, su mujer era experta y él despreciaba ese trabajo. Arrogante, su padre. Se iba a la caleta a buen tranco y atendía con buenos modales.

Pero en la casa era otro.

Igual, con él la vida había sido diferente. Les tenían respeto a las mujeres que vivían con un hombre. A la madre, a la esposa, a la hija no las tocan ni con el pétalo de una flor, decía misia Zarina, la partera del pueblo; no hay mejor guardián que un hombre por malo que sea para la virginidad de las niñas y la fidelidad de las esposas, argumentaba. Sonrió imaginando a Rigoberto echándole encima un pétalo de rosa, ese sí que no respetaba a las mujeres. Bella Aurora tenía bien guardado su secreto. Desde que la agarró la primera vez y escapó de sus brazos macizos y duros, entendió que se le iba la vida si se iba de lengua.

Rigoberto era violento. Así y todo, no le costó mucho esquivarlo. Su madre ni sospechaba que la perseguía desde hacía más de dos años, que la arrinconaba en las noches en cualquier calle, que la seguía con ese aire de Elvis que tenía, hablándole al oído con un susurro tibio y atemorizante, ven a las rocas conmigo, Bella Aurora, vamos a la poza de las perdices o subamos el cerro hasta la cruz y te llevaré a los caletones. Te mostraré muchas cosas si vienes conmigo. Insistía, ven, mira el coral que encontré en las tripas de un róbalo, es para ti, y estiraba una mano áspera y fuerte con la piedra en la palma, te haré un pendiente y lo colgarás de tu cuello, te enseñaré a cruzar los caletones de un tranco, pero guardarás el secreto. Ven conmigo, Bella Aurora, tú eres mía, me casaré contigo, niña, te haré mujer, y una noche llegó a morderla en la intención del beso furibundo con que parecía querer comérsela. La agarró el día de la procesión de la Virgen, ¡mocosa de mierda!, gritó o más bien aulló con el dolor del rodillazo que le pegó con toda su fuerza entre las piernas, en las mismas compañonas se lo dio.

Porque Bella Aurora sabía defenderse.

Desde que un violador anónimo rondaba la caleta y el balneario, en la municipalidad daban clases de defensa propia a las mujeres por orden del alcalde. O sea, desde que agarró a una de las veraneantes más encumbradas que ni quince tendría, a la misma hija del senador Arestizábal dicen que la agarró cuando ya oscurecía, cerca de la Isla Seca. La madre se la llevó a escondidas esa misma noche al hospital de Valparaíso y nunca más se vieron en la caleta. Vendieron la casa. Pero igual el desgraciado agarraba a las muchachas jóvenes en cualquier recodo, a la sombra de los viejos castillos o en las escaleras que por uno y otro lado bajaban desde la calle principal hasta

la playa. La espiaba. A ella la acorraló en la plaza esa vez. Salió por detrás de las palmeras y la abrazó tan fuerte que le dejó moreteadas las costillas, la besó y la restregó aprovechando la hora del mes de María. Bella Aurora recordaría como en un sueño los cánticos y las letanías que llegaban desde la iglesia en medio del ataque. Fue en ese momento cuando le plantó otro rodillazo y le embutió el dedo índice directo a la garganta, por debajo de la manzana de Adán, ¡con fuerza!, gritaba el maestro de *kung fu* que venía desde Quillota dos veces por semana a enseñarles cómo librarse de un asaltante. Esa tarde lo obligó a salir a escape, corría como una liebre entre las matas de boldo el desgraciado, pero no logró que la dejara en paz.

¡Habla y te abro el güergüero de aquí a aquí!, le gritó, haciendo en el aire el tajo imaginario de oreja a oreja. ¡Ni un minuto quedai viva, cabra botada a chora! ¡Qué te hai creído, me las vai a pagar! Y salió rengueando por la calle de arriba hasta meterse en el bosque de pinos y arrastrarse entre los matorrales, huyendo de los fieles que comenzaban a salir de la iglesia. Pero cada vez que la encontró sola, cada vez que logró encajonarla entre un muro y un arbusto, en el bosque de pinos de la quebrada o en alguna calle solitaria y ella lograba escaparse con ardides y maniobras de ingenio, él, escondiéndose entre los autos y las enredaderas, repetía el tajo imaginario en el aire mientras corría enfierecido gritándole con esa voz de agua mala que se le ponía, ¡cualquier día te agarro, Bella Aurora, cualquier día!

Y ella corría a guarecerse en el almacén Zapallar, en la tienda del Boni o en la del Polo, a veces corría hasta la esquina de moda, donde se juntaban los veraneantes recién llegados y los nietos de los nietos decía la Malvina, su abuela, ay, madre, así es la cosa, ahí se junta la juventud, ponen mesas en la vereda que se llenan de muchachas tan tostadas y bonitas, de muchachos que se les nota a la legua que estudian en la universidad. Entraba haciéndose la que buscaba a alguien, recorría las mesas, se iba donde Rosa, la cajera, le metía conversación y así espantaba su miedo dejando pasar la hora. A veces convencía a la Rosa de que se fueran juntas. Y se iba salvando día a día, semana a semana, mi papá me cuida desde arriba; porque Bella Aurora sabía que su padre estaba muerto en el fondo del mar aunque nadie mencionaba el hecho, y mucho menos su madre. Pero también sabía que no la abandonaría nunca, estuviera donde estuviera.

¡Está muerto y córtala de preguntar!, le gritaba esa madre suya con la voz angosta y filuda que se le había puesto, de cuchillo la voz de su madre sin la presencia de Dítimo, el eclipsado marinero pescador, su padre. Porque nunca hubo entierro. Ni misa. Ni rogativas. Nada. Su padre se hizo humo, pero no se había hecho humo. ¿Qué pasó en esos días en que su madre iba y venía desde La Ligua llevando papeles, llorando a veces con esos ojos de naftalina, ácidos, fieros, quebrados? Durante quince horribles días no hubo luto en su casa. Ni visitas. Todos en la caleta evitaron mirarla. Su madre envejeció de pronto, se le cayó el tungo a tu madre, decía la abuela Malvina, arrebujiándose más en el chal de colores desteñido y lacio. Y era verdad. Su madre se encorvó y nunca más se puso el vestido rosado para las fiestas patrias del dieciocho, nunca volvió a participar en la procesión a la Virgen ni en la kermés, pasaba el día lavando, cuidando la huerta o se sentaba a mirar el mar por la ventana, pero detrás de los visillos, a mí nadie me va a ver así, murmuraba. Y nadie nunca pudo decir que estaba triste o avergonzada. Lloró lo que lloró a escondidas, debajo de su almohada o en un pañuelo arrugado que siempre llevaba en la mano. Ni una lágrima le quedó después de esos días en que no paraba de sollozar a escondidas.

Seguro que ese griego sinvergüenza se arrancó, le dijo Malvina a su nieta, no porque sea tu padre te voy a engañar. Y no se te ocurra preguntarle a tu madre. Está avergonzada, una mujer a la que se le escapa un hombre no es nunca la misma, Bella Aurora. Cállate y aguarda. La vida da muchas vueltas. Pasaron los días, quizás cuántos, y de pronto su madre emergió desde el fondo de esa mujer alegre y cadenciosa, detrás de sus ojos apareció la otra, la seca y desconfiada, la silenciosa y hosca, y de ahí en adelante no se quejó más.

Bella Aurora añoraba a su padre pero aceptó su ausencia sin perder su fuerza, sus sueños; las ansias de vivir no se le fueron. Creía que su destino no se le había revelado aún. Un día se marcharía a Santiago, donde la esperaban el amor y su vida. Así tenía que ser. Ella no iba a quedarse en la caleta años y años como la que era. Tenía claro que el porvenir la haría otra, una mujer diferente de su madre y su abuela, ¡no seas rebelde, Bella Aurora!, le advertía Malvina, somos gente decente y trabajadora y eso es lo que has de ser, métete en la cabeza que aquí está tu lugar. Pero no iba a ser así, ella no lo permitiría. Por eso trabajaba todos los veranos haciendo aseo en los departamentos,

cuidando casas en el invierno, manteniendo los jardines en medio del frío y la lluvia, de la neblina y los vientos que llegaban en julio y duraban lo que el mismo invierno. En la temporada de verano cocinaba a pedido, entregaba pastel de choclo, empanadas, hojuelas, carne mechada en vino tinto; se ganaba sus buenos pesos y los guardaba en el banco. Ya casi tenía lo suficiente. Se iría a Santiago en cuanto juntara algo más de plata. Y estudiaría para no ser una ignorante.

Y es que el mundo había cambiado desde que la Malvina llegó con el abuelo Godofredo a la caleta, trayendo al primer pelícano muy sentado en la chumacera de bronce del bote pescador. Godofredo se reía diciendo: mira, Malvina, lo que ha hecho este pájaro. Se ha venido con nosotros y se va a quedar solo el tonto, no hay una pelícana en doscientos kilómetros de costa, y se reía para adentro, así reía su abuelo, del que recordaba unos ojos oscuros, pequeños y penetrantes, unas manos toscas, fuertes, era como de madera ese abuelo suyo. Un hombre pequeño, no pasaba del metro cincuenta y cinco, no aleguen chiquillas, les decía en las tardes, sentado a la puerta de su casa mirando hundirse el sol en el horizonte, no aleguen porque sé muy bien que me dicen el tacuaco, pero Napoleón era de mi misma altura. La única diferencia entre él y yo, decía, es que él nació en una isla y murió en otra, mientras que yo nací en una pero voy a morir en tierra firme...

Qué sabe uno dónde y cómo va a morir, le respondió una tarde esa nieta de pelo crespo y mirada penetrante. Él la miró serio, sin asomo de broma en sus ojos inquisitivos: Bella Aurora, a los siete años te pasas de lista, pero ten cuidado que te coma el león. Y ella, intrigada, ¿qué león, abuelo? Él la miró serio, luego esbozó una sonrisa casi imaginaria por su brevedad, la miró largamente, sin pestañear. Pero no respondió a su pregunta.

Un paso. Y otro. Tengo que llegar, ya es de noche. Pudo reconocer a Rigoberto contra la última luz del sol que se hundía en el mar horizontal, y apuró el paso hacia las dunas, mejor esconderse, que no la viera. Corrió a meterse entre los chañales y las dunas, ahí podría avanzar agazapada hasta encontrar el camino entre las rocas.

Todo eso iba a contárselo a Dios, sentada en la última banca de la iglesia. Porque lo que es a mi madre...

Su madre, con el pelo agarrado en una cola de caballo, las manos en la masa, la masa sobre el tablón de la cocina, el horno encendido, su madre perpetuamente trabajando, moviéndose de la cocina a la artesa, de la artesa a la plancha, de la plancha al pedazo de huerta que le había arrancado a porfía al cerro. Después de años de empeño, de traer tierra de litro al hombro en sacos desde los cerros, de plantar verduras y hierbas de olor, de regar noche a noche con la poca agua que juntaban, el huerto dio resultado. Tenía melgas de espinacas, de papas, de porotos verdes y porotos pallares. Los pallares eran muy solicitados. Hasta frutillas tenía. Y las frambuesas se daban tan bien que se las peleaban. Su madre vivía en permanente movimiento, sin descanso ni cavilaciones, haciendo lo que estaba haciendo como si no hubiera un mañana ni quedara esperanza, ya no tenía ni un sueño que soñar. Su vida era el minuto mismo, el instante afanoso, lo inmediato.

Y es que su madre se había convertido en una mujer ajena hasta para sí misma, corría de una ocupación a otra y cumplía su obligación de madre y de hija a regañadientes y malhumorada. Se quejaba sin hablar. Un gesto, una caída de las comisuras, un ceño fruncido, los ojos de águila traspasando a las personas. No era feliz y con la lentitud del estropicio la casa se fue cubriendo con ese descontento mezquino y triste que le impedía querer como quería antes de que el misterio reptara casa adentro impregnándola de una amargura viscosa que se fue tomando una a una las piezas, la cocina, el patio, hasta el floripondio no echó perfume ese año fatal del desaparecimiento de Dítimo, el mismo en que Malvina se agarró por primera vez el pelo en una cola de caballo que nunca más abandonó. A veces se hacía un moño. Nunca más el pelo suelto, los tacos con que hacía temblar las veredas; el ritmo que tenía su madre se disolvió en una pena negra y odiosa, pensaba Bella Aurora. Era una extraña mujer de ojos ácidos y manos fértiles que había borrado la memoria de sus recuerdos. A veces, en medio de la noche, Bella Aurora creía escuchar un leve llanto traspasando las tablas de las habitaciones. Pero de ese llanto jamás se habló. Bella y su abuela comprendieron sin necesidad de palabras que su madre ya no era su madre, que la hija ya no era la hija, que esa mujer fuerte y alegre, de andar insinuante, se había disuelto en el dolor y aunque ese dolor

novicio y trágico se fue apagando contra su voluntad, como todos los dolores, como todas las memorias se ocultan de quien las carga, vivas quedaron las pavesas del amor evaporado y una amargura enteca y ruda, de animal moribundo, se le clavó en el corazón. Malvina dejó de ser Malvina y la abuela dejó de ser la abuela, mientras Bella Aurora luchaba contra la disolución inevitable en ese hondo pozo de amargura en que se convirtió su casa. Luchaba contra la oscuridad y la pesadumbre, buscaba algo que vivía en ella sin que pudiera definirlo, una semilla rara le crecía adentro, le ardía en el estómago y a veces le quemaba el pecho como una luz ardiente y su madre la miraba, tienes fiebre, andas agripada, niña, tómate un agua de boldo y tilo caliente, tienes los ojos brillantes, lo que falta es que te enfermes ahora, cuando hay más trabajo. Y ella sonreía, no, madre, no estoy con fiebre, es que tengo ganas de bailar o cantar, de correr hasta la caleta y volver, es una fuerza rara que me viene, madre, no estoy enferma, solo estoy contenta y a veces es como si fuera a echarme a volar. Qué tonterías hablas, niña, y eso que ya no eres una niña, ¿has visto a Rigoberto?, ¿tienes un novio secreto? Y Bella Aurora pensaba que su madre tenía miedo, miedo de ella, su propia hija, pero también de algo más. ¿De qué tenía miedo, tanto miedo su madre?

No tengo novio ni padre ni perro que me ladre, le contestó una tarde, cuando la mujer sacó la huasca y le dio en las piernas y le habría seguido pegando si la abuela no se hubiera interpuesto. ¡Estás loca, Malvina! ¿Qué te pasa? ¡Deja a la niña en paz, no son maneras!

La letra y la razón con sangre entran, madre, yo educo a mi hija como me da la gana, ¡no se meta!

Y la abuela se encogía en su rincón y ella pensaba que el rayo verde no existía, que la casa estaba maldita, que su madre y su abuela eran dos sombras de vida, secas, rugosas, atormentadas por algún designio misterioso.

Ay, qué sabes tú, madre, de los miedos pegados al cuerpo, metidos en el alma, en el hígado y los pies, un miedo como no hay otro, uno de esos miedos que te dan carne de gallina hasta cuando estás dormida, qué sabes tú lo que yo siento. Nunca te ha importado mucho qué pasó conmigo en estos años, nunca pensaste que mi padre también desapareció cuando desapareció tu marido, ¿cómo no te das cuenta que a mí también se me nubló la vida? No hubo más risas en la casa, y eso que él no era un ángel, madre, pero ya sé lo

que dirías si te hablara de lo que me ocurre. Ya sé que te pegaba, que te obligaba a hacerlo, decías, yo sé, madre, que te daba de correazos y un día te partió la cara con un vaso quebrado. ¿Y tú crees que no lo vi, que no escuchaba tus gemidos, sus gritos guturales, esas azotainas que te daba cuando llegaba borracho? Yo siempre estaba mirando por la puerta entreabierta, y además estas casas de madera no guardan ni un secreto. Nada de lo que fue la vida con él se me olvida, pero qué voy a hacer si se mete en mi sueño, si lo echo de menos. Mi padre era bueno cuando no era malo. Como tú, madre. Como yo.

Anda, mete los panes al horno mejor, le ordenaba sin levantar la vista, jamás la miraba a los ojos, ni la miraba ni la tocaba. Aunque sea un roce, madre. Solo para saber si eres tibia como la gente que me da la mano o me abraza, si hasta me dan un beso en la mejilla mi madrina y la señora de don Matías, tan calentita que es y se ríe detrás del mesón atendiendo a la clientela, madre, y eso que se le murió su único hijo, ya van tres años que no regresó con los botes en la madrugada y nunca se encontró ni un rastro, se hundió quizás dónde. Pero no anda con aire de que la vida es un castigo o un miedo como caerse a un hoyo sin fin, un miedo que rebalsa el cuerpo y se desparrama por dentro como la sangre y a veces salta como una rana en el estómago. Ese miedo que tuviste, madre, y que yo tengo... A los hombres, ¿cómo se hace para amansarlos?, córtala de murmurar leseras, ya estás en la luna, Bella Aurora, y más encima es viernes, apúrate. La playa se llenará y mañana venderé lo que alcance a hornear, niña. Todo el día llegaron autos, era una fila interminable por la carretera, parecían saliendo de un hormiguero. Los veraneantes van y vienen como hormigas los fines de semana. Hasta en invierno vienen. Apúrate, Bella, y siguió amasando con fuerza. Con rabia, pensó la hija.

Anda, niña, no pajarees, mete los panes al horno o no valdrá la pena tanto esfuerzo.

Y ella los metía al fondo del horno de barro con la paleta, allí donde los tizones ardían sin humo, rojos ojos rojos los tizones. Son de sangre las brasas. ¿Qué es eso de la sangre, niña?

Nada, madre, nada.

¡Cómo que nada! Ya estás hablando sola, ¿qué sangre? ¡Explícate, siempre soltando medias palabras, medias frases, murmurando por los rincones, es para volverse loca y una con tanto qué hacer!

Un pie delante del otro. Un paso más. Cuidado con resbalar. Había dado una larga vuelta y de nuevo cogió el camino de las rocas. Era el más corto. Le llegaba la salpicadura del mar que había comenzado a gruñir, a roncar; la marea estaba subiendo. Comenzaba a escucharse el ulular de las lechuzas escondidas entre los pinos. Aún no divisaba la caleta y las casas del pueblo se encendían de a poco a medida que las mujeres regresaban después del trabajo. Los hombres aguardaban fumando, de pie junto a las puertas o sentados de a dos o tres. Parecían estrellas tantas casas iluminadas colgando del cerro. El balneario, ¿qué parecía?, un balneario no más, qué afán buscarle parecidos a las cosas.

Iría a la iglesia a preguntarle a Dios cómo dejar la vida en su sitio. La memoria. Y es que las cosas que se meten al fondo del ojo no se quedan jamás quietas. Uno las ve y las vuelve a ver, señor Dios. Eso le iba a decir, no que Él no lo supiera, claro. Pero igual se lo iba a decir. Tenía que contárselo a alguien inmenso como una montaña, más ancho que el horizonte, alguien que lo supiera todo y lo comprendiera todo y lo perdonara todo. Dios, seguro.

Ya divisaba la caleta con su playa de conchas. Apareció la luna y el mar dio un aletazo contra la arena, en la caleta se perfilaron los botes, meciéndose amarrados a las boyas y de pronto los pelícanos abrieron las alas y despegaron en un vuelo pesado, lento, rumbo a quizás dónde. Yo no sabía que volaban de noche pensó. ¡Pero nunca vuelan de noche, nunca jamás han volado de noche!

Y echó a correr a la caleta como alma que lleva el diablo, subió por los cerros rumbo al pueblo evitando las calles, corrió a su casa atravesando las lomas rojizas, esquivando los espinos y los cardos, haciéndole el quite a los arbustos de litre. Corría con el miedo metido en el cuerpo, el maldito miedo, sintiendo los pasos quizás imaginados persiguiéndola.

¡Los pelícanos se fueron de la caleta!, gritó al abrir la puerta.

Su abuela abrió tamaños ojos y la miró fijo como si hubiera visto un ánima. O es terremoto o es muerte lo que se nos viene encima, declaró.

Afuera se escucharon pisadas sigilosas.

Alguien viene, dijo la madre.

Bella Aurora cerró la puerta de un golpazo, no, madre, alguien se va.